

LA CHONA.

- ¡Estos chavales son peores que los jabalines!. Pedro dio una patada a un terrón de césped que rodó pendiente abajo, despidiendo pequeñas porciones de tierra, hasta chocar blandamente, ya casi sin fuerza, con una mata de árgoma.

-¡Si es que estrozan toas las camperas con la puta chona!, -pensó en voz alta-. Fíjate, fíjate que joyos. Ya te digo, ni los jabalines. Pedro miró al cielo gris y descargó todo su enfado sobre el lomo de la Tasuga, que arrancaba ausente unos brotes de brezo. ¡¡Vaaca!!.

-¡Corre, corre que va a venir!. Cinco o seis crios reían nerviosos mientras con unos palos afilados en sus puntas en forma de espátulas, se afanaban escarbando en un hoyo del que arrancaban tapines y tierra. Cada uno se apresuraba a recoger lo que iba saliendo y marchaba veloz a colocarlo en un montón junto a su propio hoyo; los agujeros estaban separados entre sí en unos quince o veinte metros, por lo que había quien tenía que hacer los desplazamientos bastante largos.

Mientras tanto Gorio buscaba entre los helechos secos la chona, que no era sino un trozo de madera de escoba de unos quince centímetros de largo. Pepe la había lanzado golpeándola con violencia con su palo y había visto como había volado, silbando por encima de un pequeño roble y había caído por allí, fuera del límite de la braña, pero no lograba encontrarla. Por fin la vió, confundida entre las hojas, la cogió lo más rápido que pudo y corrió hacia su hoyo. Todos dejaron de cavar en el hoyo de Gorio y se dirigieron al suyo para evitar que éste les metiera la chona en su agujero.

Cuando se acercó hubo de soportar la rechifla de sus amigos, ya colocados junto a sus respectivos agujeros. -Ten cuidau Gorio, no caigas en el joyu, a ver si no eres de salir-; en efecto pudo comprobar, con cierta frustración e impotencia, como su hoyo había crecido considerablemente mientras él buscaba la chona.

-Paece que se sienten las grajas, -se burló vengativo Gorio de la chillona risa de Pepe-, no sé si volverá a nevar.

Gorio debía pasear la chona conduciéndola con su vara por el suelo de la braña, esperando un despiste de alguno de los demás jugadores para poder introducir, bien la chona o bien su palo, en uno de sus agujeros, -esto era válido siempre que el jugador no tuviera su vara metida en el hoyo-. Pero al estar éstos alejados unos de otros debía cuidar, si se acercaba a uno, que los demás no le siguieran robando tierra y haciendo su hoyo aún mayor. Además cualquiera podía dar a la chona con su vara mandándola lo más lejos posible, para que de este modo, el choneru tuviera que ir a recuperarla y de mientras tanto poder continuar robando tierra y tapines de su hoyo.

En un descuido, Gorio había logrado meter la chona en el agujero de uno de los chavales, que había arriesgado tratando de recuperar uno de los terrones perdidos en el camino, y debía ser ahora él el choneru. Le tocaba a Gorio lanzar la chona golpeándola con su vara, su objetivo debía ser el mandarla otra vez lo más lejos posible para que tardara en

volver con ella. Tras el lanzamiento todos se precipitaron a asaltar el hoyo del nuevo choneru, primero disputándose con alegría el montón de tapines acumulado con tanto afán junto al hoyo y después cavando en él con sus afilados palos.

Había pasado una buena parte de la tarde y algunos de los muchachos alababan orgullosos el tamaño de las pequeñas montañas de tierra que habían logrado acumular junto a sus agujeros, del mismo modo que alguno había visto convertido el pequeño hoyo, con el que inició el juego, en un auténtico y vergonzoso cráter. Debería cargar con el poco honroso y nunca deseado título de: ¡El más choneru!

- ¡Eh, mira por onde va el sol!. -gritó uno de los niños-, y casi sin despedirse, cada uno se apresuró hacia su invernial para hacer sus tareas, llevándose su vara consigo, la cual todos guardaban como un pequeño tesoro. Gorio pensó en pedirle a su tío Pedro la navaja para afilar mejor su palo, es muy importante que tengan buena punta para sacar los terrones lo más grandes posibles. De este modo estaría preparada para el día siguiente, en que seguramente se reunirían de nuevo para jugar otra vez a la chona. Mientras los vaqueros mantenían sus ganados en los inverniales alejados de los pueblos, la chona era el juego preferido.

Enrique Molleda

